

Como el río subterráneo Conversación con Lurgio Gavilán Sánchez

LIKE THE UNDERGROUND RIVER
CONVERSATION WITH LURGIO GAVILÁN SÁNCHEZ

Lucero de Vivanco
Universidad Alberto Hurtado, Chile
lvivanco@uahurtado.cl

En febrero del 2020 me reuní con Lurgio Gavilán Sánchez en un café del Portal Constitución, en la plaza de Armas de Ayacucho, Perú. Ayacucho fue el epicentro del conflicto armado interno entre el Partido Comunista del Perú, Sendero Luminoso (SL) y el Estado peruano, entre 1980 y el 2000. Como resultado de este conflicto están las cerca de setenta mil víctimas estimadas por la Comisión de la Verdad y Reconciliación (CVR), además de un país devastado por una crisis multifactorial. Esta guerra no afectó a todos los peruanos por igual. La CVR consignó en las conclusiones de su *Informe final* (2003), que la violencia reprodujo las brechas socioeconómicas del Perú y ahondó las desigualdades de índole étnico-cultural, constatándose una relación directa entre situación de pobreza, exclusión social, lengua materna indígena, residencia rural, o menor grado de escolaridad, y probabilidad de ser víctima de la violencia. Por lo tanto, a diferencia, por ejemplo, de lo sucedido en las dictaduras del Cono Sur, en Perú las víctimas no solo se vieron afectadas por cuestiones de violencia política derivada directamente del enfrentamiento armado entre los actores, sino que estuvieron predeterminadas a serlo por razones de violencia sistémica de larga duración.

A diferencia también de lo que ocurrió en las dictaduras del Cono Sur, donde la primera manifestación discursiva para denunciar las violaciones a los derechos humanos fue el testimonio, en Perú hubo que esperar más de tres décadas desde el inicio del conflicto armado, y más de diez años desde que se creó la CVR, para que aparecieran los primeros testimonios no judiciales, escritos por actores directos o cercanos a la violencia. El primero de estos libros es *Memorias de un soldado desconocido. Autobiografía y antropología de la violencia* (2012) de Lurgio Gavilán Sánchez.

Lurgio Gavilán, protagonista de esta historia, comienza su recorrido por el conflicto armado cuando era apenas un niño quechua-hablante y analfabeto, y decide unirse a SL buscando a su hermano. Luego fue miembro de las filas del ejército que combatió a Sendero, posteriormente novicio franciscano, para terminar doctorándose en antropología. Su libro es, pues, el testimonio único de una vida cuyas afiliaciones transitan por los distintos grupos involucrados en la violencia, ya sean estos grupos combatientes directos (SL, ejército) u observadores y generadores de conocimiento y opinión (iglesia, universidad).

En su segundo libro, *Carta al teniente Shogún* (2019), desde el género epistolar, Gavilán escribe sobre el militar que lo “rescató” de una muerte segura, cuando era niño soldado de SL y fue interceptado por una patrulla militar. En ese enfrentamiento, Shogún decide no matar al niño senderista, como solía suceder en contexto de guerra sucia, y más bien se convierte en un tutor que lo protege; un “padre”, como dice el propio autor.

Con estos dos libros, Gavilán contribuye a complejizar el entendimiento de este período de la historia peruana, haciendo ingresar en el debate de las memorias matices y zonas umbrosas que, bajo miradas más esquemáticas o polarizadas, quedan fuera de los campos de visión y audibilidad. En esta conversación, en la que las huellas de su experiencia son todavía ostensibles, Lurgio Gavilán habla de sus libros y sus nuevos proyectos, de su vida como profesor universitario en Ayacucho, de sus recuerdos como senderista y como soldado y de sus búsquedas actuales.

Lucero de Vivanco (LV): ¿Qué motivaciones, qué inquietudes, están en el origen de cada uno de tus libros?

Lurgio Gavilán Sánchez (LGS): *Memorias de un soldado desconocido* es mi primer libro. Cuando empecé a escribir, no pensaba en publicarlo. Como una práctica en el convento escribía, solo para recordar algunas cosas. Ese era mi propósito. Escribir me hacía bien, me gustaba escribir, solo por eso lo hacía. Quizá lo que escribí hubiera terminado en el tacho de basura, pero me encontré con Carlos Iván Degregori. Trabajé como su asistente en el Instituto de Estudios Peruanos. Un día, conversando, le dije que había escrito estas memorias y él me dijo “a ver, pásamelas, me gustaría leerlas”. Le encantó lo que había escrito, le encantó, y me propuso publicarlas. Él me encargó volver a los lugares donde había caminado antes. Lamentablemente, Degregori se enfermó y yo me fui a México, y abandonamos la idea. Pero en México la volví a retomar con mi asesor, Yerko Castro, chileno.

Me gustaba escribir, pero escribir no es fácil. Es difícil comunicar el recuerdo. Hay que entrenarlo. La dificultad pasa por varios factores, pero el principal creo que es la tendencia a mantener el silencio. Hay muchos exsoldados—como yo— que no les contaron a sus familias, ni siquiera a sus familias cercanas, ni siquiera a sus parejas, las cosas que vivieron cuando entraron al ejército. Algunas las cuento en mi libro. Por ejemplo, están los decapitados de Sendero y, en la primera noche, con las cabezas tenías que dormir, pasándolas de cama en cama. Los exsoldados no cuentan esto a sus hijos ni a sus esposas, y por eso no escriben. No sé cómo uno trabaja estas cosas, estas memorias, estos sentimientos. Bueno, en mi caso, yo he esquivado nadar en estos horrores, he esquivado siempre. Por eso en mi libro no aparecen. Yo siempre he tratado de evitar. He tratado de recordar más las cosas que me llenaban de alegría, las cosas buenas que allí he pasado. Eso me motivó a escribir y eso traté de hacer.

LV: ¿Y tu segundo libro, *Carta al teniente Shogún*?

LGS: Yo andaba buscando alguna excusa (ríe). Excusa, no creo. Andaba buscando algún pretexto para contar lo que tanto tengo adentro. Pienso que las memorias viajan como el río subterráneo, en silencio, pero en algún momento salen. Yo estaba buscando esta excusa, me preguntaba qué cosa hago, cómo lo cuento. Y encontré en Shogún cómo hacerlo. Vivimos solamente cinco meses. Suficiente. Se hizo eterno. Bastó solo ese tiempo. Fue lo suficiente y se eternizó. Yo había escrito una cartita

a Shogún hacía mucho tiempo, desde el cuartel. Diciéndole “¿dónde estás?”, algo así. La tenía guardada, pero no sé dónde la perdí. Pero tenía esa memoria. Escribí un poco en México, y después aquí, en Ayacucho, terminé. Escribí esta carta para decir muchas cosas: para agradecer, para pensar, para preguntar. Cuando empecé a escribir *Memorias de un soldado desconocido*, lo hacía para mí. Pero *Carta al teniente Shogún* sí lo escribí para el público. Se la escribí al otro, a las personas que caminan por la calle, a la gente que está en el mercado, a los políticos, a los académicos, a los peruanos, a mis amigos en México, Argentina, Chile. A todos ellos les escribí. Pero, a la vez, también, a Shogún.

LV: ¿Y Shogún te ha contestado? ¿Recibió de alguna manera el mensaje que le has dirigido?

LGS: Sí, me contestó. Me llamó. “Llegará un día para hablar”, me dijo. Trabaja en la selva. Es oficial retirado. Pero se acuerda. Se acordará más cuando nos encontremos. Hablamos poco, pero seguramente nos veremos.

LV: ¿Cómo ha sido la recepción de tus libros aquí en Ayacucho? Sé que eres profesor de la Universidad, ¿tus estudiantes los han leído?

LGS: Mucha gente ha leído mis libros. Muchos de mis alumnos también. Han llorado leyendo *Memorias de un soldado desconocido*.

LV: Todos hemos llorado.

LGS: Bueno, yo también. Hay pasajes que siempre repaso porque me llenan de vida, de emoción. Sobre todo, de vida, al pensar que yo puedo servir en algo. Que podemos pensar un poco lo que nos pasó, con total franqueza.

LV: ¿Y tienes dentro de tus estudiantes chicas o chicos con familiares que estuvieron involucrados directamente, o fueron víctimas, o se vieron en algún sentido afectados por la violencia?

LGS: Sí, la mayor parte de mis estudiantes. Sus papás, sus abuelos, han sido maltratados por el ejército; también tengo alumnos y colegas con familiares que han sido asesinados por el ejército o por Sendero. Están ahí.

LV: Y con ellos ¿incorporas, de alguna manera, tu experiencia de vida en tu labor de profesor universitario?

LGS: Sí, en algún sentido. ¿En qué me ayuda haber escrito estos libros? Creo que puedo motivar a los estudiantes para que escriban sus propias experiencias, para pensarlas, para preguntarse por lo que vivimos. Pero no solo a ellos. Desde que publiqué mi primer libro, mucha gente me escribe, tantos quieren escribir también.

LV: ¿Y lo hacen?

LGS: Sí, lo han hecho. Como diez personas me han hecho llegar sus relatos. Pero es difícil la escritura, no es fácil comunicar. Es un poco complicado también para mí: disfruto escribiendo, pero me cuesta.

LV: ¿En qué sentido te cuesta?

LGS: Bueno, esta participación como actores, ya sea siendo Sendero Luminoso o militares, es muy difícil contarla. A veces siento que es mejor callar las memorias que tenemos. Así uno sobrevive también, callando. Porque no ha sido fácil vivir en contexto de guerra, en situación de conflicto armado. Ni para mí. Yo me imagino que mucha gente, muchos exsoldados viven así, con esa dificultad de recordar. Escucho también sus historias y no ha sido fácil para ellos.

LV: Desde la teoría se dice que el relato de una persona, cuando ha sido afectada por un hecho traumático o ha sido protagonista de una experiencia de violencia extrema, tiene sus propias características, en tanto que el propio relato carga con las evidencias de lo difícil que ha sido construirlo. ¿Sientes que eso está en tus libros? Cuando dices “me cuesta escribir”, ¿crees que eso se nota en tus narraciones?

LGS: Quizá. Carlos Iván Degregori me decía “eres muy parco”. Es verdad, hablo poco, escribo también poco. En parte porque estoy pensando siempre en quechua. Yo soy quechua-hablante, y las cosas que miro y pienso tengo que traducirlas al español. El español lo he aprendido muy tarde, cuando ingresé al ejército. Antes hablaba unas palabras, pero aprendí el español en el cuartel. Ando traduciendo al español todo: el contexto, la forma de ver, la forma de sentir, la naturaleza de la gente. Eso me cuesta. Y me doy cuenta, porque cuando pienso una palabra, por ejemplo, *huklla*, esa palabra encierra muchos significados que no pueden decirse en español.

LV: *Huklla* precisamente ¿qué significa?

LGS: *Huklla* significaría “estar juntos”. Así sería traducido, pero es mucho más. Cada pronunciación de la palabra tiene un sentido distinto, de acuerdo con el contexto: cuando miras a otros, significa algo; cuando estás con varios, significa otra cosa; cuando estás solo entre dos, significa otra. *Huklla* se usa con frecuencia en las regiones de Ayacucho y Apurímac. Su contenido tiene fuerza. En tiempos de siembra y cosecha, se trabaja en *minka* (trabajo colectivo-recíproco). Es importante trabajar *huklla*, si no, la cosecha se pierde. Lo mismo para hacer camino, puente. En esos casos, el trabajo individual no sirve. Es importante actuar juntos, como en tiempos de peligro. Entonces, una palabra quechua tiene multiplicidad de significados. Y eso a mí me cuesta, me cuesta expresarme en español.

LV: Hablando del quechua y su traducción, cuando te hacen entrevistas como esta, en las que es necesario transcribir la conversación, ¿qué hacen con el castellano que tú hablas? ¿Lo estandarizan? Porque tu español tiene la impronta de tu lengua materna.

LGS: Sí, yo creo. Para que se entienda. Hay que corregir o estandarizar.

LV: ¿Y eso no te molesta?

LGS: No. Si no, no se puede entender.

LV: Me intriga esa dificultad de pensar en quechua y traducir al español para escribir. En otra ocasión ya te había comentado algo al respecto, sobre la conciencia de escribir en una lengua diferente a la materna, sobre escribir traduciendo. Ese esfuerzo adicional puesto en el lenguaje ¿no lo transparentas en tus textos?

LGS: (ríe) Trato de hacerlo, me cuesta trabajo. Pero me comunico también en español, he aprendido español y pienso también en español.

LV: Pero ¿las memorias vienen en quechua?

LGS: Sí, las memorias vienen en quechua. En quechua me acuerdo de detalles precisos. Quizá porque estoy repitiendo una y otra vez el recuerdo. Cuando estoy solo, empiezo a pensar en esto y me acuerdo detalles: que bajamos este cerro, que planeamos cocinar algo en particular, que dijimos estas frases. Ese tipo de detalles me acuerdo, aunque haya pasado mucho tiempo. Es porque eso ha sido una comunicación en quechua. Pero ahora estoy pensando en español.

LV: Tu primer libro tiene muchos registros distintos: autobiografía, testimonio, está narrado en un lenguaje poético, pero también te ayudas

de fotografías, mapas, canciones. Es un relato compuesto de lenguajes distintos. ¿Tú crees que es una manera de buscar solucionar esa dificultad para escribir, a la que te referes? ¿Es tal vez una forma de ir buscando lo que te sirve para representar lo que viviste?

LGS: Quizá sí. Porque siento el conflicto. Pienso, si hubiera escrito este libro cuando estaba en Sendero Luminoso, ¿cómo habría sido? Y si hubiera estado en otro partido, no sé, en el Partido Aprista, ¿cómo hubiera sido? Porque el libro tiene un tinte. Pero yo tengo varios contextos. Muchas cosas soy. Y esas cosas andan en conflicto dentro de mí. Me marcaron mucho en la iglesia: la mayor parte del libro está marcado por eso, por el intento de conciliación. Pero, por otra parte, la antropología está en la última etapa de mi libro para quitar ese impacto, para eliminarlo un poco. La antropología que no cree en nada, ni en Dios. Además, yo sigo siempre la búsqueda de la justicia social. Desde un principio, con mi hermano, teníamos sed de justicia, siempre. Entonces, hay muchas cosas que se me hacen difíciles para plasmarlas, para escribirlas. Debo buscar formas de hacerlo.

LV: Una de las cosas que me impresionó cuando leí por primera vez *Memorias de un soldado desconocido* es justamente lo que acabas de decir: muchas vidas y el intento de conciliarlas. ¿Cómo lograste armonizar, darle coherencia narrativa, a lo que en la vida real parece ser imposible: la experiencia de vida de una persona que ha jugado roles contradictorios, opuestos, durante el conflicto armado?

LGS: Es difícil responder, porque estas, mis vidas, me han servido. Yo siempre he vivido agradecido de la vida. Cuando miro una imagen de mi pueblo, puedo sentirlo, puedo sentir la vida tan cercana. También mucho tiempo hasta ahora pienso, por ejemplo, en Sendero Luminoso: las cosas de camaradería, o el que yo he sido enfermero, o la vida que he vivido con Rosaura, que hemos pasado hambre, que nos hemos ayudado, pienso en eso y me hace bien, me hace bien, me hace bien... He aprendido la camaradería y dar al otro. Cuando alguien estaba muriéndose, por ejemplo, aprendí a alentarlos, a decir “no te vas a morir”, “pasarás a la historia”, “siempre estarás con nosotros”. Me ayudó y me sirve también hoy en día para hablar con mis estudiantes. A ellos les digo “tú puedes hacerlo”, “lee esto”, “aprende estas cosas”, “puedes lograr algo más”. Por favor, podemos hacer muchas cosas. ¡Es posible hacerlo! Esto lo he

aprendido allí, en Sendero Luminoso. Aunque hay alumnos que dicen no, no puedo, no tengo tantas ganas.

LV: ¿Te referes a estos alumnos que han perdido a sus familiares en la guerra? ¿Ellos tienen una posición más escéptica, o más desencantada, o más negativa?

LGS: Sí, negativa. Entonces, hablo con ellos para motivarlos que es posible, que es posible hacerlo, que puedes graduarte, que puedes hacer una maestría en Brasil, un doctorado en México. Es posible disfrutar tomando un café. Les digo que practiquen la escritura, que vayan al parque y escriban cómo disfruta la gente. En el convento me han enseñado el perdón. Había que perdonar setenta veces siete. Eran muchos perdones. ¿Qué significaba eso? Que había que perdonar siempre. Eso era muy difícil. Un día un padre, que era nuestro profesor, entró y dijo: “Dios no existe, no hay Dios. No estén pensando en Adán y Eva, no hay infierno, no hay nada de esas cosas”. Entonces, nos quedamos en vacío. Y agregó: “Dios es tu prójimo”. Y tratarlo como Dios a tu prójimo era difícil. Y había que practicarlo (ríe). Y nos hacía practicar. Estabas barriendo y el padre maestro venía y te echaba barro. Y había que dominar la ira.

Bueno, estas cosas me andan sirviendo en la vida. Por eso no puedo dejarlas. Siempre están conmigo estas instituciones totales que me tocaron vivir. Están ahí. En el ejército, el teniente Shogún que me capturó, me llevó, no me mató, entonces se convirtió en padre. Un padre a su modo, a su estilo.

LV: A mí me parece que todas estas historias, estas memorias, estas experiencias como la tuya, como también la de José Carlos Agüero, le hacen bien a la reflexión sobre la violencia, la enriquecen, porque rompen con las categorías esquemáticas, fijas, polares. Van mostrando un tejido social de la violencia más híbrido, más complejo, más humano finalmente.

LGS: Sí, creo que necesitamos pensar en ese sentido. Victimizándose no es posible entender. Poco nos ayuda. Más bien se abren un poco más las brechas. Es preciso entender más allá de buenos y malos, porque es más complejo que eso.

LV: En *Memorias de un soldado desconocido* escribiste: “Por estos lugares andaba yo en 1983. Entonces la gente era conversadora y cariñosa. Ahora [2007] las personas se muestran indiferentes, te miran de pies a cabeza como si fueses algún enemigo, algún bicho extraño. De todo

desconfían”. Parece que en ese párrafo propones que existe una huella de la violencia, una marca que se instaló y cambió a la gente. ¿Mantienes hoy en día esta apreciación? ¿Ves otras formas en las que esa huella se manifiesta? ¿Lo notas en tu vida cotidiana?

LGS: Por un lado, la gente no quiere hablar. Pero también pasa que te andan vigilando. Quizá sea mi percepción. En las universidades siento que hay un servicio de inteligencia. O alguna vez lo vi, que andan vigilando, que andan escuchando. La gente... Andamos muy recelosos: “¿Qué desea?”, “¿por qué me pregunta?”, “¿qué quiere saber de mí?”. Cuando fui para mi tesis de maestría a una comunidad, cuando llegué, la gente no me habló, nadie me habló. Me quería alojar en una casa, tampoco me quisieron alojar. Entonces, me fui al puesto de salud y ahí me quedé. Pensaron que yo era doctor. Empecé a acompañar a los enfermeros y me trataban de “doctor-doctor”. Así empecé a conectar-me con las personas para escuchar sus historias, porque por ahí pasa narcotráfico, hay conflictos entre familias, los ronderos¹ han asesinado a mucha gente. Hay muchas historias que están ahí y nadie quiere que otros se enteren. Por eso es difícil. La gente es así: desconfiados somos, un poco desconfiados. Aunque quizás sea solo mi percepción. No es que la gente esté totalmente desconfiada. Tal vez solo las personas que hemos vivido más de cerca estas cosas.

LV: ¿Te sientes con total libertad para dictar tus clases en la universidad?

LGS: No tanto. A veces hay grupos de estudiantes... Tengo un grupo de estudiantes que empecé a formar desde que recién ingresaron y con ellos tengo más confianza que con otros grupos. Con otros grupos no, no tanta libertad. Ando muy receloso también, porque veo que hay un servicio de inteligencia, que anda grabándote.

LV: ¿En tus clases?

LGS: Sí, andan grabando las clases.

LV: ¿Y los identificas?

¹ Ronderos se les llama a los integrantes de las “rondas campesinas”, que es una forma de organización comunal de los campesinos del Perú, activa desde los inicios de la década de 1970 aproximadamente, creada para defenderse sobre todo del abigeato y otros robos menores. En la época del conflicto armado interno, los “ronderos” se organizaron, con ayuda y armamento proporcionado por las Fuerzas Armadas, para combatir a Sendero Luminoso.

LGS: Sí, se pueden identificar.

LV: ¿Y les dices algo o los ignoras?

LGS: Algunas veces los he ignorado, pero otras veces indirectamente lo he mencionado. Pero pienso también que tengo una mochila: he aprendido lo que he visto, y siento que es así, pero quizá no lo es. Son traumas que nos persiguen. Los primeros años, cuando reventaba un cuete en la ciudad, pensaba que era una bomba. Hasta ahora, si alguna cosa revienta, automáticamente mi cuerpo se prepara para buscar los refugios. Entonces, sobresaltos. Mi cuerpo está preparado para esto.

LV: Justamente otra de las cosas que me llamó la atención de tu primer libro es el énfasis en señalar el impacto de la violencia en tu cuerpo. Hablas del dolor, de la enfermedad, del hambre, de los piojos, del frío, de la desnudez, del castigo físico, todo en el ámbito de lo cotidiano. De hecho, me acabas de decir: “Mi cuerpo está preparado para esto”. ¿Tu cuerpo ha registrado la experiencia?

LGS: Sí, de eso me he dado cuenta ahora, recién. Porque en esa época, todo eso era tan normal. Se revienta un puente... explota una bomba... y había que escapar. Era como tener hambre.

LV: Hay un par de cosas en las que he reparado respecto de la segunda edición de *Memorias de un soldado desconocido*. Primero, que desaparece el subtítulo “autobiografía y antropología de la violencia”. ¿Por qué se perdió? Y, segundo, la inclusión de dibujos de Edilberto Jiménez. ¿Qué le aportan a tu texto?

LGS: El libro pasó por muchas cosas, tiene su propia historia. En México, Yerko Castro me ayudó mucho y propuso publicarlo. Luego hubo dictaminadores ciegos que demoraron y no lo aceptaron. Dijeron que el libro no se podía publicar. Después cambiaron los dictaminadores y sí fue aceptado. Pero pusieron condiciones: que algunos nombres se conviertan al anonimato, que se incluya el subtítulo “autobiografía y antropología de la violencia” y que en el primer párrafo del libro se ponga “para que nunca vuelva a ocurrir algo así en el Perú”. Eso decía en la primera edición: “Escribo esta historia para recuperar mi memoria; y también para que nunca vuelva a ocurrir algo así en el Perú”. Pero yo nunca había pensado en eso, nunca me pasó eso. Nunca he estado en el convento con esa idea. Por eso, en la segunda edición, eso desapareció, junto con el subtítulo. Por otra parte, para la traducción en inglés, “solo

queremos la historia”, dijeron, y quitaron también el subtítulo: “antropología” es mucho, tiene que quedar solo “memoria”.

LV: A mí “autobiografía y antropología de la violencia” me gustaba, porque me parecía que representaba muy bien lo que había en el libro: una búsqueda personal, de comprensión de la propia historia, la propia vida, pero siempre con el interés puesto en lo que pasaba en el Perú, en el contexto, que es la cuestión más antropológica. Dos logros finalmente: el de haber avanzado con una vida, enriquecida a partir de esa biografía, y el de explicar tú mismo la situación en la que viviste esas experiencias, tras haberte formado largamente, desde el niño analfabeto que eras, hasta el doctor en antropología que eres.

LGS: Sí, es verdad, es interesante, tiene su importancia. Por otro lado, está lo de los dibujos de Edilberto. En esa parte de la guerrilla no había imágenes, no había fotografías. Él ya había dibujado antes sobre la violencia, para *Chungui: violencia y trazos de memoria*. Ilustra bien. Esos dibujos los hizo especialmente para mí. Recién publicada la primera edición, ahí dibujó Edilberto. Me parece que capturó cosas importantes leyendo el libro, las hizo visibles.

LV: En *Carta al teniente Shogún*, algo que me dejó pensando es el llamado que haces a Shogún y a otros como él, a contar sus historias. ¿Piensas que las memorias de esos actores no están construidas todavía? No me refiero a actores individuales, sino colectivos.

LGS: Creo que muchas historias están ahí. Justamente porque el tema es un tabú, es difícil para contar. Uno podría terminar en la cárcel, por lo que es mejor callar. Pero hay muchas historias: muchos oficiales que se convirtieron en “padres” como Shogún, adoptaron a niños, ayudaron a gente. He conversado, me buscaron generales, coroneles. Cada uno tienen una historia particular.

LV: *Carta al teniente Shogún* es un libro muy emotivo, que contiene gratitud y reconocimiento. De alguna manera, lo leo como un intento de “reparación”, como un acto de “justicia simbólica” para esos oficiales que se convirtieron en “padres”, como dices tú; para miembros del ejército que, de manera individual, actuaron con una cierta ética, a pesar de la violencia institucional comprobada. ¿Estás de acuerdo?

LGS: Sí, de alguna manera. Pero, al mismo tiempo, como Shogún, que tuvo un gesto de humanidad, también mataron a mis compañeros,

mataron a Rosaura, maltrataron a mucha gente. Esas cosas hay. Estamos hechos de eso. También hay que considerar que esto pasó en un contexto particular, en un estado de excepción, tiene su propio contexto y hay que entenderlo en él. No es posible juzgar ahora. Hay que contextualizar para juzgar.

LV: A propósito del ejército, ¿crees que tu voz representa o ha convocado a otras personas, tal vez excompañeros, que tengan una experiencia de vida parecida a la tuya y que también quieren escribir sus memorias o ser escuchados?

LGS: Kimberley Theidon ha hecho muchas investigaciones aquí en Ayacucho. Ella ha escrito: ¿dónde estarán esos soldados, dónde estarán? Tanto han perpetrado, han hecho violaciones sexuales a las mujeres, han perpetrado gente, han vivido en trauma, ¿dónde estarán? Es difícil seguirlos, no hay rastro. Ella decía que yo podría encontrarlos. Entonces, he estado buscando y buscando. Y ahora con mis libros que salieron, los exsoldados me llaman, me solicitan, me escriben. Eso le comenté a Jelke Boesten, profesora del King's College London. Le dije que podríamos hacer una investigación sobre exsoldados. Armamos un proyecto, "Historias de vidas de exsoldados del Perú posconflicto", y salió un pequeño fondo para hacerlo, para historizar las memorias; para investigar cuál ha sido la vida de los exsoldados antes del conflicto, durante su pertenencia en el ejército, y después, qué hacen ahora. Y los exsoldados vienen a buscarme, conversamos, tomamos cerveza, tomamos un café. Hicimos hasta ahora como veinte entrevistas, veinte conversaciones más bien, más que entrevistas.

LV: ¿Y están registrando?

LGS: Sí, registramos, grabamos, y alguien nos transcribe. Estamos preparando un texto. El título preliminar es *Tatuajes: historia de vida de exsoldados*. Tengo otro libro que estoy preparando: *La invención del enemigo*, algo que pienso desde la antropología, ahora sí. También estoy escribiendo un artículo, "La muerte sin ritual", con temas y ejemplos de cientos de Sendero Luminoso que han muerto en el olvido, y los cementerios clandestinos perpetrados por los militares.

LV: ¿Hay algún otro tema que quieras comentar, algo que no te suelen preguntar y que pienses "algún día alguien me preguntará"?

LGS: De mi recuerdo, de lo que he vivido, pocas veces me han preguntado de Rosaura. Yo lo plasmé en el primer libro, pero he contado poco. Porque al leer lo poco que escribí sobre ella puedo recordar mucho más. Hay mucha más historia.

Otro tema es con Tania, una enfermera. Estábamos en conflicto, estábamos en guerra, y había llegado una enfermera que era de Sendero. Un jefe me dijo: “Camarada Carlos, acompaña a Tania”. Yo tenía que obedecer y acompañé a la enfermera Tania. Entonces, caminamos una vez por donde los ronderos de Huamanguilla habían entrado en una comunidad de altura, habían cortado cuellos, quemado casas, matado ganados. Ahí hemos ido, los “dositos” a curar. Yo llevaba gasa, llevaba agua oxigenada. Habíamos hecho hervir unas yerbas del campo. En una teterita llevábamos eso, para lavar las heridas. Éramos compañeros, curábamos hasta cansarnos, la gente nos daba comida. Después regresábamos, donde nos llegaba la noche ahí dormíamos los dos. Ella era mayor, tendría 20 o 22 años. Yo tendría 14. Así, este tipo de cosas. Después nos juntaron para otras tareas: llegaron varios heridos, sin brazo, sin pierna, tuvimos que vivir con ellos, aprender a vivir con ellos.

La última que vez he visto a Tania, después de haber vivido con ella como un año, fue un día en el que me habían dicho que tenía que irme a otra compañía. Ella había escapado por el monte y había regresado toda mojada, tiritando de frío. Me miró y me dijo “volverás”. Algo así me dijo. Eso lo guardo. Ahora pienso escribir esta historia. Quiero incorporar a Tania en el libro sobre las historias de vida de exsoldados.

LV: Hace un rato me dijiste que tenías una “mochila”, refiriéndote a los “traumas que te persiguen”. ¿Cómo te ves ahora, en el presente, respecto de lo que has vivido?

LGS: Hay muchas dificultades en la vida. Yo soy un profesor contratado y a veces no hay trabajo, no hay estabilidad laboral. Por otro lado, me pregunto, ¿cómo me pasó esta vida? Pero no siempre pienso en estas cosas, no pienso en la guerrilla, ni pienso en el ejército. Pero, al mismo tiempo, las llevo dentro. Busco en estas instituciones y trato de romper cadenas. Si me preguntaran ahora ¿crees en Dios? Bueno, no lo sé. Antes me hubieran dicho, ¿quisieras ser cura? Y sí, estaba totalmente convencido. Yo hubiera pagado por serlo. Pero ahora me dicen y, pues no, no, no sería. La educación como que me encarcela también, hay esquemas que me oprimen, siempre estoy tratando de escapar. Pensamos

con mis alumnos: por qué no podemos disfrutar saliendo, caminando, visitando un mercado, o caminando hacia un río, o viendo una flor, o viendo a los animales. Las cosas que hemos construido como sociedad podemos desnaturalizarlas: no tienen por qué ser así; hay otras formas de vida, no sé si más humanas, pero es posible otra forma de vida. ¿Por qué uno no puede encontrar la felicidad? Eso estoy buscando siempre. Tengo muchos defectos y virtudes también, pero trato de encontrarla. Volver a levantarme una y otra vez creo que me hace bien. Busco disfrutar con mi niña. Mi niña, la ultimita, tiene dos años. Cuando llego a casa me espera con un beso y quiere dormir conmigo siempre. Andamos peleando con su mamá por eso.

LV: Quería terminar con un comentario grato: he venido a Ayacucho porque, en parte, quería visitar los lugares de memoria, para ver cómo se ha plasmado, en sitios o monumentos, la historia dolorosa del pasado. Pero lo primero que encontré fue el carnaval y a los ayacuchanos y ayacuchanas bailando y cantando en las calles. No me esperaba algo así de entrada.

LGS: Abilio Vergara dijo que, si los ayacuchanos no hubiéramos tenido carnaval, si no hubiéramos tenido fiestas patronales, nos hubiéramos arruinado. Porque la fiesta, la música, posibilita la vida. En estos carnavales está permitido decir todas las cosas. “Estos corruptos”: puedes decirlo, puedes expresarlo, porque está permitido. Puedes verbalizar lo que quieras. Y eso ayuda, es como una terapia. Quizá por eso las fiestas nos ayudaron a seguir viviendo.

LV: ¿Se mantuvieron las fiestas durante el conflicto armado?

LGS: Sí, siempre.

LV: ¿Y se respetaron? ¿Se pudieron llevar a cabo?

LGS: Sí. En la guerrilla, por ejemplo, tocábamos guitarra, había cantos. Nos decían “los militares se acercan, ya están acá, en la otra comunidad”. Y nosotros decíamos “una cancioncita más, mientras que avanzan” (ríe). Eso ayuda. La música es mejor que los psicólogos, porque los psicólogos son individuales y los cantos son colectivos. Los antropólogos no hemos prestado suficiente atención a cómo ayudan estos espacios, estas construcciones de muy larga data, que te permiten seguir adelante, estar normales, caminar por la calle.

BIBLIOGRAFÍA

GAVILÁN SÁNCHEZ, LURGIO. *Memorias de un soldado desconocido. Autobiografía y antropología de la violencia*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2012 [2ª edición revisada y aumentada: 2017].

_____. *Carta al teniente Shogún*. Lima, Debate, 2019.

JIMÉNEZ, EDILBERTO. *Chungui. Violencia y trazos de memoria*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos, COMISEDH, DED, 2005.